

# Pensar Juntos

Revista Iberoamericana de Filosofía para Niños

Número 7 | Año 2023

## Apuntes para la Conferencia *El cuidado como práctica política*

Caring as a political practice. Lecture notes

---

Gloria Arbonés

Directora del GrupIREF, Catalunya



## El cuidado como práctica política<sup>1</sup>

Gloria Arbonés

Recibido 20 de mayo de 2022  
Aceptado 13 de marzo de 2023

### Resumen

Esta conferencia quiere poner el concepto del cuidado en el centro. Pretende hacer un recorrido teórico desde lo individual hasta lo relacional y social apelando a las voces de pensadoras que han abordado este tema. Se podrá observar cómo desde la Filosofía, pero especialmente desde el feminismo, el concepto de cuidado se ha ido construyendo y deconstruyendo en diversos planos. Finalmente, se aborda cómo el cuidado se ha ido incorporando al corpus teórico de Filosofía para Niños desde la propuesta de pensamiento multidimensional construida por Matthew Lipman y cómo, posteriormente, es Ann Sharp quien lo explora y lo profundiza desde la perspectiva práctica de la comunidad de investigación.

### Palabras clave

Cuidado, pensamiento cuidadoso, Filosofía para Niños, feminismo

### Abstract

This conference wants to put the concept of care at the center. It intends to make a theoretical journey from the individual to the relational and social, appealing to the voices of thinkers who have addressed this issue. It will be possible to observe how from Philosophy, but especially from feminism, the concept of care has been built and deconstructed at various levels. Finally, it addresses how care has been incorporated into the theoretical corpus of Philosophy for Children from the multidimensional thinking proposal built by Matthew Lipman, and how it is subsequently explored and deepened by Ann Sharp from the practical perspective of the community of inquiry.

### Keywords

Care, caring thinking, Philosophy for Children, feminism

---

<sup>1</sup> Este texto no es, ni pretende ser, un artículo académico. Como indica el título son las notas -puestas en orden- que utilicé para la conferencia de cierre del *XXX Encuentro Iberoamericano de Filosofía para Niños* realizado en Cáceres los días 24, 25 y 26 de marzo de 2022. Cuando me pidieron el título de la conferencia desde la organización el título que di fue “El cuidado como práctica democrática”. Sin embargo, a medida que fui profundizando en las lecturas, y por el tono que le fui dando a la conferencia, preferí cambiarlo al actual “El cuidado como práctica política”.

## Introducción

Estos últimos años se ha hablado como nunca del cuidado. La pandemia sobrevenida en marzo de 2020 puso en primer plano la importancia de una dimensión de nuestra vida muy poco valorada en un nivel de pensamiento general. La pandemia nos hizo girar la mirada hacia lo invisible. Que el tema de este Encuentro sea “Filosofía, miedo y cuidados”, es un buen ejemplo de dónde hemos puesto el foco como sociedad.

Pensar teóricamente sobre los cuidados plantea dificultades porque, de entrada, son prácticas eminentemente materiales. Sin embargo, se ha teorizado mucho sobre el tema desde hace largo tiempo. Las prácticas de cuidados fueron históricamente vinculadas a la mujer y, en consecuencia, menos valoradas, incluso dentro de las propias profesiones de cuidados: los médicos son mayoritariamente hombres y las enfermeras, cuidadoras; por excelencia, mujeres. Y en otros ámbitos, podemos observar la misma relación en las prácticas más o menos valoradas. Sin embargo, cuando el peligro de morir se nos impone, nos damos cuenta de todas las capas en las cuales el cuidado se hace imprescindible. Además de en los espacios evidentes, como los hospitales, también se hizo presente en las comunidades de vecinas y vecinos, en las cadenas de ayuda que se crearon espontáneamente y por todas partes -es verdad que también apareció el egoísmo de un modo brutal, pero eso sería tema para otra conferencia-. En una situación límite, como la que vivimos, es donde se nos pone delante la evidencia, que seguramente mucha genta sabía, intuía o sospechaba, de que la vida no se sostiene sin cuidados.

Me interesa especialmente la vinculación de las prácticas de cuidado con las mujeres. Me pregunto si tendrá algo que ver con la capacidad de dar vida que nos hace conectar con esa dimensión. El feminismo de la diferencia nos ayuda a pensar desde ahí y aunque sé que puede traer muchas críticas, es un paradigma interesante para mí, aunque aquí he decidido no entrar en ese debate.

## Una preparación atenta y cuidadosa

Desde que me invitaron a dar esta conferencia, hace casi un año, comencé a recoger referencias, leer bibliografía, escuchar entrevistas, estar atenta a cualquier información sobre el tema del cuidado desde cualquier lugar. Entre las cosas que capté, hay tres que me gustaría compartir para empezar.

La primera es la famosa anécdota sobre Margaret Mead que seguramente la mayoría ya conoce y que recoge Ira Byock (2012) en su texto *The Best Care Possible*:

“Hace años, un estudiante le preguntó a la antropóloga Margaret Mead cuál consideraba que era el primer signo de civilización en una cultura. El estudiante esperaba que Mead hablara de anzuelos, vasijas de barro o piedras de moler. Pero no. Mead dijo que el primer signo de civilización en una cultura antigua era un fémur (hueso del muslo) que se había roto y luego sanado. Mead explicó que, en el reino animal, si te rompes una

pierna, mueres. No puedes huir del peligro, ir al río a beber o buscar comida. Eres carne para las fieras que merodean. Ningún animal sobrevive a una pata rota el tiempo suficiente para que el hueso sane. Un fémur roto que se ha curado es evidencia de que alguien se tomó tiempo para quedarse con la persona que se cayó, vendó la herida, llevó a la persona a un lugar seguro y la atendió durante la recuperación. Ayudar a alguien a superar las dificultades en una acción que marca el momento en que comienza la civilización, dijo Mead. Damos lo mejor de nosotros cuando servimos a los demás. Sé civilizado” (Byock, 2012).

La segunda ocurrió mientras miraba el documental de Mary Beard, “Los secretos de Pompeya”, en el cual, también refiriéndose al descubrimiento de unos huesos que muestran evidencia de ser cuerpos que protegen y han sido protegidos, ella dice la siguiente frase: “la misma base de la supervivencia está en el cuidado humano”.

Y la tercera referencia que quiero compartir es una frase de Josep Maria Esquirol (2022), filósofo catalán, quien afirma que “el movimiento más humano es el de cuidarnos”.

Estas tres referencias me permiten iniciar esta puesta en relación de ideas que fui leyendo, recogiendo e investigando. Pero, siendo personas rigurosas a la hora de organizar el pensamiento, lo primero que necesitamos es definir, y por eso nos preguntamos: ¿qué es cuidar? Para dar respuesta nos valemos de dos fuentes. La primera, la más habitual, el diccionario de la RAE que nos dice:

Cuidar: del ant. coidar, y este del lat. cogitāre 'pensar'.

1. tr. Poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo.
2. tr. Asistir, guardar, conservar.
- 3. tr. Discurrir, pensar.**
4. prnl. Mirar por la propia salud, darse buena vida.
5. prnl. Vivir con advertencia respecto de algo.

La tercera acepción debemos tenerla muy en cuenta a lo largo de toda la conferencia, ya que nos acompañará en el tejido de ideas que estoy proponiendo aquí. Pero también podemos atender a la definición que ofrece Victoria Camps (2021):

“Cuidar consiste en una serie de prácticas de acompañamiento, atención, ayuda a las personas que lo necesitan, pero es al mismo tiempo una manera de hacer las cosas, una manera de actuar y relacionarnos con los demás. (...) Cuidar implica desplegar una serie de actitudes que van más allá de realizar unas tareas concretas de vigilancia, asistencia, ayuda o control; el cuidado implica afecto, acompañamiento, cercanía, respeto, empatía con la persona a la que hay que cuidar (...)” (Camps, 2021: 13).

Lo que está claro es que aquí estaremos pensando en el cuidado como un valor ético y con una dimensión política y, para ello, es importante tener presente la importancia de las acciones -ya que hablamos más de práctica que de un conjunto de reglas o principios- que se desprenden del cuidado: paciencia, confianza, disponibilidad, escucha, acompañamiento, entre otras. En este

sentido, Joan Tronto<sup>2</sup> analiza en profundidad los diferentes momentos del cuidado que, a su vez, se ven reflejados en cuatro actitudes:

Fases o momentos del cuidado	Actitudes
• Preocuparse por otros/as	Atención
• El cuidar a otros/as	Responsabilidad
• El dar cuidado	Competencia
• El recibir cuidado	Receptividad o capacidad de respuesta

Lo que me parece sumamente interesante de este análisis de Tronto es que sirve tanto para pensar lo más cercano y privado, hasta lo más general y público. Y este, justamente, es el recorrido que propongo.

## Del autocuidado al cuidado de la relación con los otros

Propongo pensar el tema del cuidado a partir de un recorrido de adentro hacia afuera, de lo particular a lo general, de lo personal a lo político y social.

### 1. La dimensión personal: El cuidado de sí, el autocuidado

El concepto de autocuidado puede tener resonancias diversas. Partimos de la necesidad de cuidarnos porque somos vulnerables y tenemos que sobrevivir. Josep María Esquirol (2022) nos recuerda que, como seres humanos, estamos a la intemperie, estamos sin protección ninguna y que la acción de protegernos, de ampararnos, de crear espacios seguros para sobrevivir, como una casa, es una acción verdaderamente notable del desarrollo humano. Ese concepto de “casa” es más que las paredes y el techo, que son condiciones necesarias, pero no suficientes, ya que para estar verdaderamente protegidos debe haber, además, calidez y sensación de seguridad.

Es probable que también asociemos el autocuidado con una actividad egoísta y que tiende a la satisfacción personal inmediata, un concepto bastante neoliberal, podríamos decir; pero me gustaría que demos un giro a esta idea en la que se ha ido convirtiendo el autocuidado y lo asociemos a algo un poco más complejo y profundo.

Por un lado, conviene repensarlo desde la filosofía, ya que no es nada nuevo el cuidado de sí, al menos en la tradición occidental del pensamiento. En un primer momento, puede parecer que hay cierta contradicción entre la acción de cuidar y el concepto de “una misma”, ya que cuidar parece implicar un otro. Victoria Camps (2021) nos ayuda cuando dice: “El imperativo del cuidado de uno mismo viene de lejos, aparece en la ética griega: en el pensamiento socrático-platónico y también en el de los cínicos, Epicuro y los estoicos.” Y, como señala Camps, es Foucault, en la *Hermenéutica del sujeto*, quien lo recuerda. Allí nos dice que es Sócrates quien,

<sup>2</sup> Referenciado por Cortés Pérez, Sol (2011a).

con su “conócete a ti mismo”, señala un imperativo que vincula directamente el cuidarse a uno mismo con adentrarse en la filosofía: pensar sobre la verdad, sobre el bien y el mal, dedicar tiempo a examinar la propia vida y la mejor forma de vivirla -recordemos “una vida no examinada no merece ser vivida”-. También la máxima imperativa *sapere aude* nos enfoca al “pensar por una misma” y, después, las escuelas griegas postaristotélicas centraron sus teorías en reflexiones sobre dónde poner el acento para vivir mejor: conocerse bien para cuidar bien.

Como vimos hace un momento, la palabra “cuidar” viene del latín *cogitare* que significa pensar, de modo que la filosofía y la reflexión filosófica nos ayuda a pensar de qué modo el examen de nuestra vida, es un modo de cuidado de sí. José Miguel Valle, filósofo y docente vasco, quien reflexiona y escribe acerca del cuidado, dice:

“Para cuidar (...) disponemos de dos tecnologías milenarias que están al alcance de cualquier sujeto de conocimiento: las acciones y las palabras. Las palabras que decimos, nos decimos y nos dicen pueden fortalecer las circunstancias o pueden fragilizarlas sobremanera hasta convertirlas en elementos que conjuren nuestros planes de vida (...) Cómo tratamos al otro y cómo nos tratamos a nosotros con nuestros actos y nuestras palabras da la medida del cuidado de nuestras circunstancias” (Valle, 2020).

Y, finalmente, me gustaría mencionar la recuperación de las prácticas de cuidado de sí promovidas desde hace unos años por el feminismo. En este sentido, e intentando huir de la identificación con la autoayuda, el autocuidado debe entenderse como una conciencia de sí, un registro de necesidades y faltas, de amenazas y estrategias de protección. Las prácticas de autocuidado apuntan al empoderamiento de las mujeres.

## ***2. La dimensión interpersonal: El cuidado de los otros***

*“Debemos estudiar conscientemente cómo tratarnos con mutua ternura,  
hasta que esta se convierta en un hábito”.*

Audre Lorde

Desde el cuidado de sí, y siguiendo el camino trazado al principio, salimos de nosotros para pensar el cuidado de los otros.

Primero tendríamos que pensar en quiénes son estos “otros” cuando hablamos de cuidados, pero también en quiénes cuidan. Como señalé al principio, hay una profunda identificación en nuestro mundo entre las acciones de cuidado y las mujeres y esto sucede porque, efectivamente, son acciones silenciosas, invisibilizadas y del mundo de lo privado que siempre han sido llevadas adelante por mujeres. Sin embargo, esto no significa que sean acciones exclusivamente femeninas. Además, los “otros” que deben ser cuidados parece que sean, en general, personas vulnerables y con menos posibilidades de salir adelante por sí mismas, personas enfermas o de colectivos en riesgo, personas mayores o criaturas pequeñas. Por todo esto, se continúa identificando el cuidado de los otros con grupos que generan gastos, ocupan tiempo y no son productivos. Así, tanto quienes cuidan como quienes son cuidados importan poco en el contexto social y político en que estamos viviendo, a partir del modelo neoliberal

en el que estaos inmersos.

Pero nadie, ni mujeres ni hombres, estamos exentos del deber de cuidar en su sentido más extenso. Cuidar al otro es la base de la solidaridad, el respeto, la generosidad e, incluso, de la justicia, como nos recuerda Victoria Camps. Ningún ser humano debe ser indiferente a lo que sucede a los semejantes, ya sean cercanos o lejanos, y sin distinciones hipócritas como estamos viendo estos días en los terribles hechos entre Rusia y Ucrania.

Para intentar comprender esta dimensión interpersonal de los cuidados debemos referirnos a la polémica Kohlberg-Gilligan. Es sobradamente conocido el trabajo que desarrolló Lawrence Kohlberg, psicólogo norteamericano, discípulo de Jean Piaget y muy cercano a las teorías kantianas de la moral, en el cual se propuso explicar cómo se construye y evoluciona la conciencia moral en la infancia. Realizó un amplísimo estudio de campo que le permitió llegar a la conclusión que podemos resumir de este modo: si bien las normas morales o los valores de una cultura pueden ser diferentes de los de otra, hay un desarrollo común en las personas que evoluciona desde esquemas morales más infantiles y egocéntricos a otros más maduros y altruistas. Como se apoyaba en las etapas del desarrollo cognitivo de Piaget, Kohlberg afirmaba que el proceso de desarrollo moral avanza a través de etapas determinadas, organizadas jerárquicamente y que se corresponden con niveles distintos del desarrollo cognitivo, de modo que a medida que profundizan sus capacidades cognitivas, mejora y madura su desarrollo moral.

La discípula de Kohlberg Carol Gilligan sospechó de los resultados obtenidos por su maestro y se propuso investigar y demostrar por qué. Gilligan, en 1982, intuyó que lo que le había faltado a Kohlberg era lo que hoy llamaríamos “perspectiva de género”. Él detectó resultados diferentes en sus pruebas con niñas y con niños y simplificaba la explicación en que los niños tienen un nivel de maduración moral superior a las niñas, ya que se guían por el sentido de la justicia, en cambio en ellas prima, según dice, la empatía. Ante estas conclusiones, Gilligan observó que el hecho de que las niñas recorran otros caminos no significa que sean menos maduras desde un punto de vista moral. La diferencia está en que el foco de decisión no es la justicia sino el cuidado. En su relevante y revelador libro *In a different Voice* afirma: “El cuidado es un valor tan importante como la justicia.”

Como señalé antes, Kohlberg había utilizado la concepción kantiana de la moralidad como contenido de su teoría. Dentro de esta, el nivel más alto de desarrollo moral será el de aquel individuo autónomo que, mediante el uso de la razón, alcanzará los principios éticos universales de justicia. Dejando relegado el cuidado, es decir la orientación, a las relaciones interpersonales y a un estadio inferior, dentro de este paradigma hasta ahora conocido como universalista, las emociones y el contexto no son aspectos tenidos en cuenta en la toma de decisión moral. Por suerte, Gilligan puso el foco en esta cuestión y abrió un campo de análisis enorme. Su libro ha sido analizado y estudiado, polemizado, criticado y referenciado en infinita cantidad de artículos, ponencias y estudios desde su publicación en 1982, lo cual indica la potencia de sus tesis y el impacto en el mundo de la reflexión filosófica y feminista.



Según Joan Tronto (1987) Gilligan identifica tres características fundamentales que diferencian la ética del cuidado de la ética de la justicia:

- La ética del cuidado gira alrededor de conceptos morales distintos que los de la ética de la justicia de Kohlberg, es decir, la responsabilidad y las relaciones en vez de los derechos y las reglas.
- Esta moralidad se ata a circunstancias concretas y no a formalidades y abstracciones.
- Se expresa no como un juego de principios, sino como una actividad, la “actividad del cuidado”.

Por lo tanto, desde esta perspectiva, la moralidad no se basa en principios universales y abstractos, sino en las experiencias cotidianas y en los conflictos morales de la gente corriente en sus vidas cotidianas.

En una conferencia que pronunció en 2013 en Barcelona, Gilligan afirmaba:

“Escribí *In a different voice* con la intención, en parte, de demostrar que los problemas que los psicólogos identifican en mujeres lo eran únicamente en el marco de su interpretación. Las que se consideraban limitaciones en el desarrollo de las mujeres (la preocupación por los sentimientos y las relaciones, una inteligencia emocional además de racional) son en realidad ventajas humanas” (Gilligan, 2013).

Con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, Gilligan (2013) afirma: “Sacar a la luz el valor del cuidado es la liberación más radical de la historia de la humanidad.”

Esta polémica tiene muchas más aristas y miradas para analizar, pero entrar en ellas sería excederme demasiado del objetivo de esta conferencia, aunque invito, a quienes quieran hacerlo, a leer y estudiar este tema apasionante.

### ***3. La dimensión social/política: El cuidado de la relación con los otros***

Ahora nos adentraremos en la tercera dimensión. Vamos del cuidado de los otros al cuidado de la relación con los otros.

Poner en relación dos conceptos como vulnerabilidad e interdependencia, que podemos derivar de las dos dimensiones anteriores, nos ubica ahora en la esfera social y política; pone en evidencia que se pueden pensar los cuidados desde lo personal e interpersonal, pero que también hay que ponerlo en el centro de los debates políticos y sociales.

Joan Tronto, vuelve en mi ayuda para seguir pensando. En *Caring Democracy* (2013) afirma que la concepción del cuidado debe trascender el ámbito privado y personal y debe apropiarse de los espacios de política pública en todas sus dimensiones. Como ella define que “tener cuidado” quiere decir cumplir con dos objetivos, el de detectar las necesidades y el de repartir responsabilidades, entonces la obligación de cuidar va más allá de lo privado y adquiere una

dimensión pública. Y es por esto por lo que las instituciones, en todos los niveles -y no solamente las sanitarias-, deben convertirse también en “cuidadoras”.

Carole Pateman, teórica política y feminista, argumentaba que el lema feminista que afirmaba “lo personal es político” no solo rechazaba “explícitamente la separación liberal de lo público y lo privado, sino que implica también que no puede ni debe trazarse distinción alguna entre los dos ámbitos” (Pateman, 1996: 46). En este sentido, al traspasar los muros de lo privado a lo público, al mismo tiempo que se rompen los paradigmas que asimilan la igualdad de géneros al parámetro masculino, nos pone por delante la necesidad de vincular el cuidado con el concepto de ciudadanía.

Sin embargo, es interesante formularnos la siguiente pregunta: ¿por qué la ampliación a todas las personas de idénticos derechos de ciudadanía no conllevó la justicia y la igualdad? (Young, 1996). Esta pregunta que pone sobre la mesa Iris M. Young y que ella misma intenta responder, nos hace pensar en la necesidad de modificar los parámetros de análisis de la realidad y de observar cuánto aporta y echa luz la mirada de las teorías feministas de la realidad, demostrando, por ejemplo, que el modo universalista en el cual se piensa el acceso al espacio público genera desigualdad y que para evitarlo, debe poner el foco, justamente, en la diferencia.

De este modo, frente a la ciudadanía universal, Iris M. Young (1996) defiende la necesidad de una ciudadanía diferenciada:

“El ideal de la esfera pública de la ciudadanía como expresión de una voluntad general, un punto de vista y un interés que los ciudadanos/as comparten y que trasciende sus diferencias, ha operado de hecho como una demanda de homogeneidad entre ciudadanos/as” (Young, 1996: 102).

Pero está a la vista que esto no es así, que en la práctica hay grupos privilegiados y grupos oprimidos. En este sentido, la mirada interseccional que se está utilizando cada vez con más fuerza dentro del feminismo puede ayudar a fortalecer esta perspectiva y podemos extenderla más allá del análisis de la situación de las mujeres hacia toda la ciudadanía, y así poder crear mecanismos ciudadanos para defender y reconocer las voces de las minorías, de los grupos más vulnerables y oprimidos.

Y volviendo al tema que nos ocupa, si el cuidado sigue quedando en la esfera privada y asociado a las prácticas femeninas, nada cambiará. Como afirma Joan Tronto (2013): (...) hay que concebir el cuidado como un valor público y un conjunto de prácticas públicas, reconociendo al mismo tiempo que el cuidado es altamente personal y, en este sentido, “privado”. (...) Sin una concepción más pública del cuidado es imposible mantener la sociedad democrática”. Y agrega: “Los cuidados han de ser una de las prioridades de la política en una ‘democracia cuidadora’”.

En esta línea, los ejemplos de “ciudades cuidadoras” o la “ciudad de los niños”, que propone

Francesco Tonucci desde hace tantos años, podemos analizarlos como modelos para construir espacios más amigables y acogedores para quienes los habitan, especialmente los colectivos más vulnerables, volviendo al espíritu de la comunidad, empujando a las administraciones a facilitar la vida de las personas con más dificultades para acceder, por ejemplo, a la tecnología, a recuperar los espacios públicos como plazas y parques, a recuperar las calles como espacios de socialización de comunidad, entre otras iniciativas. En resumen, poner el cuidado en el centro de las relaciones humanas. Pero no solo humanas.

En esta idea del cuidado de la relación con los otros no podemos olvidar que “los otros” es todo aquello que no somos “nosotros” y esto incluye al mundo que habitamos y al resto de los seres vivos. Es por esto por lo que no podemos pensar este tema sin incluir una reflexión sobre estas cuestiones a las cuales, una vez más, aporta luz la reflexión feminista. Cuidar la casa común y a todos quienes la habitamos debería ser un lema que cada vez se instale más en nuestras vidas. El ecofeminismo, con representantes como Vandana Shiva o, referentes más cercanas como Yayo Herrero o Alicia Puleo, nos da muchas herramientas y reflexiones para avanzar en esta línea. El ecofeminismo es una teoría y un movimiento social que sostiene la existencia de vínculos profundos entre la subordinación de las mujeres y la explotación destructiva de la naturaleza, con el objetivo de alcanzar la justicia para las mujeres y transformar la relación humana con los demás seres vivos y los ecosistemas. En definitiva, es un movimiento con la mirada puesta en el cuidado de la relación de las personas con la naturaleza y el resto de los seres vivos.

Sin posicionarse como ecofeminista, Joan Tronto (2016) afirma:

“Necesitamos pensar en las necesidades humanas y medioambientales. Y pensar quién tiene esas responsabilidades: aquí entra la política. Organizamos las responsabilidades atendiendo al pasado, debemos repensarlo: qué cojo y qué no cojo. Esas elecciones están relacionadas con el cuidado, y en ello está involucrada cualquier estructura e institución de la sociedad. El poder de la ética del cuidado reside en cómo entiende la vida cada uno: cuidarse es lo más importante” (Tronto, 2016).

## **El cuidado como práctica política**

Después de este recorrido, espero haber conseguido mostrar que no se pueden pensar los cuidados si no es desde una perspectiva política, aun cuando nos centremos en la dimensión más íntima y personal, porque recordemos que “lo personal es político”.

En este sentido, y desde esta mirada, debemos convenir que la ética del cuidado necesita de una ética de la justicia, tanto como la ética de la justicia necesita de la ética del cuidado, y puede que “en el estadio final y más maduro del desarrollo del razonamiento moral las perspectivas de «la justicia y el cuidado» podrían integrarse para formar un único principio moral” (Benhabib, 1992: 42), base del ejercicio de una ciudadanía plena. Seyla Benhabib afirma reiteradamente que ambas éticas son necesarias y complementarias. Así como también lo propone Brid Featherstone, esta pensadora apunta su mirada al cuidado como una práctica;

y la ciudadanía democrática debería garantizar a todas las personas un acceso igual al dar y al recibir cuidado. Debemos, por tanto, volver a enfocar las normas de igualdad y el acceso a las prestaciones públicas de tal forma que cumplan los estándares básicos de la justicia social. Esta es una herramienta muy importante para contrarrestar la tendencia a contraponer la ética de la justicia y la ética del cuidado (Featherstone, 2010: 78) Esto refuerza nuestra postura de unir ambas perspectivas éticas.

Estas pensadoras nos abren las ventanas a una reflexión sobre los cuidados que pone a estos en el centro de la cuestión política, tal como afirma Joan Tronto en una entrevista (2016):

“El cuidado no forma parte de muchas teorías políticas. Pero yo, como teórica feminista, lo pongo en el centro: ¿Qué pasaría si nos tomáramos en serio esta parte de vida? Creo que la del cuidado es la mejor crítica al capitalismo; pone en relieve la falacia que el mercado es la manera de entender la vida humana...” (Tronto, 2016).

Los libros, reflexiones y artículos de todas estas mujeres ayudan a evitar los discursos más conservadores y nos alejan del esencialismo, como nos dice Tronto en la misma entrevista: “La pregunta es: ¿es más natural para las mujeres el cuidado? No. Son enseñadas a cuidar, lo hacen por el privilegio de los hombres.”

En resumen, el recorrido propuesto en esta conferencia, desde adentro hacia afuera, culmina con el foco puesto en la necesidad de ubicar el cuidado en las decisiones políticas, en las prácticas sociales, entendiendo que, si esto fuera posible, mostraría la necesidad de atender a la ciudadanía desde una perspectiva más particular, más diferenciada, intentando que nadie quede ni excluido ni en los márgenes. Por lo menos, esta es mi tesis intuitiva.

Pero ¿por qué hablar de todo esto en un Encuentro de FpN? ¿Qué hacemos o podemos hacer desde Filosofía para Niños?

## **Filosofía para Niños y el cuidado: La comunidad de indagación como espacio de posibilidad**

*“Cuida bien al niño.  
Cuida bien su mente”.*  
Luis Alberto Spinetta

La educación, en general, debe ser un espacio de cuidado, de cuidado físico, afectivo, intelectual, relacional de niñas, niños y jóvenes. Pero nosotras, aquí, tenemos en nuestras manos Filosofía para Niños, un tesoro “precioso”, parafraseando a Carmen Loureiro, quien desarrolló largamente en su conferencia de hace unos años muchos de los aspectos necesarios para pensar el aporte de FpN, de Ann Sharp y de Lipman, al tema del cuidado y del pensamiento cuidadoso. Desde hace mucho tiempo tenemos FpN y sabemos que es un tesoro que puede ofrecer tanto cuando pensamos en llevar el tema del cuidado a la reflexión, a las aulas, a la puesta en práctica.

Mediante la construcción de comunidades de indagación, en las cuales la escucha, el diálogo y el pensamiento multidimensional son el terreno, pero también las herramientas que ofrecemos a las niñas, niños y jóvenes para pensar -y, de hecho ¡a todo el mundo que se quiera sumar!-, podemos hacer que estos diferentes niveles de cuidado que he intentado explorar y recorrer hoy se den en las aulas; hacernos conscientes de la importancia del autocuidado, del cuidado interpersonal y del cuidado de la relación con los otros y que eso lo podemos pensar y practicar en las comunidades de diálogo que son, justamente, espacios de posibilidad para ponerlo en práctica. Son semillas a partir de las cuales florecerán nuevos espacios de reflexión. Como se afirma en *La Filosofía en el aula* (1992):

“Si comenzamos con la práctica en el aula, la práctica de convertirla en una comunidad reflexiva que piense en las disciplinas que existen sobre el mundo y en el pensamiento sobre el mundo, pronto llegaremos a darnos cuenta de que puede haber comunidades dentro de otras más amplias, y éstas dentro de otras mayores aún, si todas mantienen igual fidelidad a los mismos procedimientos de investigación. Es el conocido efecto de la expansión de una onda, como el de la piedra lanzada en el estanque: cada vez más amplias, las comunidades van abarcándose unas a otras, todas ellas formadas por individuos comprometidos con la exploración autocorrectiva y la creatividad” (Lipman et al, 1992).

Sabemos que Lipman desarrolló teóricamente el pensamiento crítico y creativo desde los inicios de Philosophy for Children, y encontramos sobrados artículos, libros y aportaciones. Pero, es en el artículo *Caring as Thinking*, publicado en 1995 en la revista *Inquiry*<sup>3</sup> cuando Lipman introduce el pensamiento cuidadoso como la tercera dimensión del pensamiento. En aquel artículo, Lipman recorre las diferentes variantes del pensamiento que incluye en la dimensión cuidadosa -o cuidante-, vinculándola con aspectos afectivos, valorativos, activos y normativos y afirma:

“Pensar acerca de lo que puede hacerse en el mundo debe tener en cuenta el impacto externo de ese hacer. Pensar en los abuelos o en los chicos -gente que puede no ser capaz de cuidarse a sí mismo- debe tener en cuenta cómo deben ser cuidados y debe dar a ese pensamiento prioridad debido a su importancia. El pensamiento cuidante no se conforma meramente con clasificar; debe establecer rangos y grados, asignar prioridades, distinguir entre lo que es urgente y lo que no lo es” (Lipman, 1995).

Afirmación que podemos vincular directamente con lo que decía en la primera parte: pensar en el cuidado de los otros, de cómo cuidamos y qué cosas priorizar, tener en cuenta, valorar a la hora de pensar los cuidados a un nivel persona o íntimo, pero también a un nivel social y político. El pensamiento cuidadoso debe estar presente en todos los niveles.

Además, nos parece apropiado señalar que cuando hablamos de cuidado en relación con el pensamiento, hay que concebirlo en un doble aspecto, como señala Lipman (2016): “significa

---

<sup>3</sup> Traducido al español y publicado en *Qué es filosofía para niños. Ideas y propuestas para pensar la educación*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC, 1997.

pensar solícitamente sobre lo que pensamos y también significa tener interés por la propia manera de pensar.”

Y para agregar un fragmento más de la voz de Lipman:

“Tendemos a identificar pensamiento crítico con razonamiento y argumentación, con deducción e inducción, con forma, estructura y composición. Y dejamos de ver con qué profundidad nuestras emociones dirigen y dan forma a nuestros pensamientos, dotándolos de un marco, de un sentido de la proporción, de una perspectiva o, mejor aún, de una serie de perspectivas diferentes. Sin emoción, el pensamiento sería plano y carecería de interés”.

Habiendo hecho un pequeño repaso sobre la introducción de esta dimensión que nos ocupa por parte de Lipman, hay que decir que fue Ann Sharp quien le dedicó una atención especial, probablemente debido a su interés teórico por la dimensión feminista de FpN. Podríamos afirmar que Ann Sharp fue quien más reflexionó y escribió sobre él en diversos artículos y en sus novelas filosóficas de ficción, así lo recoge Ma. Teresa de la Garza (2018) en su artículo en el libro dedicado a Ann, Educación para la liberación, y sus aportes son muy relevantes e iluminadores para pensar, entre otros aspectos, en la comunidad de indagación como espacio de posibilidad de cuidado.

Por ejemplo, Sharp (1996) define la comunidad de indagación como un espacio acogedor,

“un lugar seguro caracterizado por el disfrute, el respeto por las personas, la apreciación de la diversidad de puntos de vista, la escucha atenta de los demás, un lugar en el que [...] cada participante se siente empoderada para contribuir al trabajo de la comunidad” (Sharp, 1996).

La investigación filosófica realizada en comunidad permite escuchar diferentes puntos de vista, invitando a todos y a todas a sentirse lo suficientemente seguras para expresarse, contribuyendo así a una reflexión colectiva. En la misma estructura de una sesión, es decir, la lectura por turnos de un relato filosófico, la agenda de preguntas formuladas por los participantes, la elección democrática de una pregunta por consenso -o por votación-, la investigación filosófica y la evaluación, la comunidad de indagación refuerza la adopción de una postura abierta, de compromiso, respeto mutuo y preocupación por los demás. Cada paso requiere escucha y paciencia. Asimismo, se invita a los miembros de la comunidad a ayudarse unos a otros, a co-construir sus ideas y a permitirse dudar. Nadie necesita ofrecer la respuesta correcta para ser aceptado o reconocido. Se anima a instalarse cada vez más cómodamente en la interdependencia que impulsa el diálogo.

Está claro que la forma de pensamiento que contribuye más directamente a mantener este ambiente inclusivo y respetuoso es el pensamiento cuidadoso. Guiado en particular por la preocupación de las personas que participan en la comunidad de indagación, busca identificar lo que es importante para ellos, tanto desde un punto de vista socioafectivo como cognitivo.

El pensamiento cuidadoso es el gran cómplice del diálogo en la comunidad de indagación.

Si la ética del cuidado en verdad encontrara una voz dentro de la práctica de la filosofía en una comunidad de investigación, sería difícil imaginar un mejor punto de entrada que el del diálogo que allí se desarrolla y el del pensamiento cuidadoso que lo atraviesa. La presencia atenta de quienes participan del diálogo hace de la comunidad de investigación filosófica un espacio propicio para que tenga lugar la dimensión cuidadosa del pensamiento.

La comunidad de indagación es el espacio donde el cuidado debe estar presente para vivirlo y aprenderlo:

“Es en este sentido que la comunidad de indagación en el aula ofrece a las criaturas la oportunidad de descubrir valores, cosas, ideas, ideales y personas que les preocupan. Además, también les proporciona un entorno donde pueden crecer tanto de forma emocional como racional, así como de manera social y política. Es en ese contexto en el que experimentan el diálogo auténtico, el respeto por los demás como personas, la creciente confianza mutua y la capacidad de comunicarse a distintos niveles. Dicho creciente sentido de confianza en la seriedad de cada uno es inestimable en la educación de las emociones” (Sharp, 2004).

“La comunidad de indagación, entendida como el proceso de hacer filosofía en el aula, ayuda a desarrollar el pensamiento complejo. Se basa en un diálogo que incluye a cada una/o de las/os participantes por igual, sin distinciones de sexo, pertenencia étnica, cultura, ni condición social; asimismo, a través de la autocorrección, promueve el crecimiento de las personas y la transformación de la sociedad; educa la razón sin dejar de lado la formación de los sentimientos; estimula la imaginación de otros mundos posibles, generando nuevos valores, ideas y alternativas para alcanzar una vida digna de ser vivida (Splitter y Sharp, 1996).

Sabemos muy bien que el pensamiento cuidadoso se resiste en algunos ámbitos y por algunas perspectivas teóricas. Carmen Loureiro nos recuerda que el propio Lipman dice:

“En el caso del pensamiento crítico, encontramos una oposición relativamente poco importante. Respecto al pensamiento creativo, podríamos conseguir que los opositores aceptaran el término, aunque de mala gana. Las objeciones principales se refieren a la noción de pensamiento cuidadoso, porque cuidado, en los diferentes sentidos en los que se usa el término, se considera que pertenece más al campo afectivo que al cognitivo”.

Pero Lipman tenía muy clara la necesidad de esta dimensión del pensamiento. Afirmaba que “sin la educación del cuidado no se puede pensar en una educación completa”. Y yo me permito ir un poco más allá y afirmar que sin el pensamiento feminista no hubiera aparecido la dimensión cuidadosa sin la cual, hoy es impensable concebir FpN.

Toda esta conferencia está pensada y dicha desde el feminismo. Como dije antes, nada de esto podría decirse sin esta mirada “violeta”, ni siquiera lo que atañe específicamente a FpN, porque Ann pensó y escribió sobre esto desde hace muchísimos años, vinculando feminismo y FpN,

como podemos leer aquí:

“Filosofía para Niños y la filosofía feminista hacen hincapié en una pedagogía que implica cuidado, diálogo y búsqueda del sentido. Rechazan las dicotomías rígidas de la emoción y la razón, el conocedor y lo conocido, el cuerpo y la mente, la teoría y la práctica. Reconocen la importancia de atender a contextos específicos y de vincular las categorías y las metodologías filosóficas a juicios de valor, y niegan la posibilidad de una teoría no valorativa, así como la de una objetividad pura y neutral” (Splitter y Sharp, 1996: 273).

Muy agradecida a Matthew Lipman por la sensibilidad y Ann Sharp y a todas estas pensadoras feministas que abrieron, y continúan abriendo, caminos una y otra vez en las calles, pero también en la academia, y que me han ayudado a trazar este recorrido.

## Bibliografía

Beard, M. (2016), *Los secretos de Pompeya*, Documental, Reino Unido.

Beaudry, N. (2021), Cultiver l'éthique du care dans la communauté de recherche philosophique: l'apport de la pensée créative. En Philoenfant. Disponible en: <https://philoenfant.org>

Benhabib, S. (1992), “Una revisión del debate sobre las mujeres y la teoría moral”. *Isegoría*, (6), pp. 37-63.

Byock, I. (2012), *The Best Care Possible: A Physician's Quest to Transform Care Through the End of Life*, New York, Avery Pub Group.

Camps, V. (2021), *Tiempo de cuidados*, Barcelona, Arpa.

Cortés Pérez, S. (2011a), “El cuidado como objetivo político-social, una nueva mirada desde la ética del cuidado”, *III Congreso Anual de la REPS*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra.

Cortés Pérez, S. (2011b), *La ética del cuidado: una voz diferente para el trabajo social*. Trabajo Final del Máster Universitario en Intervención social con individuos, familias y grupos, Pamplona, Universidad de Navarra.

De la Garza, M. T. y Echeverría, E. (2020), “Pensar una ética del cuidado y la compasión en la infancia en tiempos de pandemia”, Webinar MARFIL, *Educación Filosófica y Creatividad Social*. Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=UqZ5Xv5ApIk>

De la Garza, M. T. (2018), “Education for Liberation”, en M. Gregory y M. J. Laverty (eds.),



*In Community of Inquiry with Ann Margaret Sharp*, New York, Routledge, pp. 133-142.

Esquirol, J. M. (2022), “Filosofía de la proximidad”, de la serie de diálogos *Aprendemos juntos*, de BBVA-El País. Disponible en:

<https://bit.ly/3Ez6Qp6>

Gilligan, C. (2013), *La ética del cuidado*, Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas, N.30, Barcelona, Fundació Víctor Grífols i Lucas.

Lipman, M; Sharp, A. M. y Oscanyan, F. (1992), *La filosofía en el aula*, Madrid, Ediciones de La Torre.

Pateman, C. (1996), “Críticas feministas a la dicotomía público/privado”, en C. Castells (ed.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Barcelona, Paidós, pp. 31-52.

Sharp, A. M. (1996), “El valor educativo de las amistades infantiles”, en Ann M. Sharp y R. Reed (eds.), *Studies in Philosophy for Children. Pixie*, Madrid, Ediciones de la Torre, 39-51.

Sharp, A. M. (2004), “La otra dimensión del pensamiento cuidadoso”, en M. Gregory y M. Laverty (eds.), *In Community of Inquiry with Ann Margaret Sharp*, Routledge, pp.209-214.

Loureiro, C. (2020), “¿Por qué es «preciosa» la aportación de Ann Sharp al «Pensamiento Multidimensional»?”, Conferencia de clausura del XXIX Encuentro Iberoamericano de FpN. Málaga. Disponible en:

<https://filosofiaparaninos.org/por-que-es-preciosa-la-aportacion-de-ann-sharp-al-pensamiento-multidimensional-por-carmen-loureiro-primera-parte/>

Splitter, L.; Sharp, A. M. (1996), *La otra educación*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Tronto, J. C. (1987), “Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, pp. 1-17.

Tronto, J. C. (2013), *Caring Democracy: Markets, Equality and Justice*, New York, New York University Press.

Tronto, J. C. (2016), “Entrevista de Yeray S. Iborra”, en *El Diario*, 30 de septiembre de 2016. Disponible en:

[https://www.eldiario.es/catalunya/barcelona/cuidar-natural-mujeres-privilegio-hombres\\_128\\_3810404.html](https://www.eldiario.es/catalunya/barcelona/cuidar-natural-mujeres-privilegio-hombres_128_3810404.html)

Valle, J. M. (2020), “Si no cuido mis circunstancias, no me cuido yo”, *Espacio Suma NO Cero*, 21 de julio de 2020. Disponible en:

<https://espaciosumanocero.blogspot.com/2020/07/si-no-cuido-mis-circunstancias-no-me.html>

Young, I. M. (1990), “Imparcialidad y lo cívico público”, en S. Benhabib y D. Cornell (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre las políticas de género en las sociedades del capitalismo tardío*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, pp. 89-117.